

SOBRE LA JUBILOSA AVENTURA DE NARRAR*

R.H. Moreno Durán

I

Contra los estragos de la solemnidad, la ironía me ha hecho libre. Porque si la solemnidad tiene sus gradaciones siempre grandilocuentes y retóricas, siempre opresivas, también la ironía tiene las suyas, aunque a menudo se confunda con la parodia, la mordacidad o la sátira. De cualquier forma, decir aquí ironía es tanto como decir juego y, en el caso específico de la literatura, todo juego involucra la triple conspiración de autor, texto y personajes. Por eso, la reflexión de un escritor sobre su propio quehacer conlleva una reivindicación lúdica del mismo, una exaltación de sus instancias más gratas ya que cualquier calificación que él haga no lo excusa por cuanto es el máximo promotor de la aventura.

El que yo me incluya en el juicio constituye además un gesto irónico, que aspira a la desmitificación de mi propio trabajo a costa de mi memoria y mi experiencia. Por eso la ironía que define mis textos extiende su jurisdicción al ámbito de lo biográfico aunque esto nada tenga que ver con la materia de mis libros. Es una irradiación al revés: no el autor que sublima su existencia a costa de la obra, sino la obra que sugiere a posteriori una mirada sobre el autor. Mis vivencias al escribir, mis emociones al contemplar lo escrito no escapan del clima que predomina en mis libros. Pero, si bien como novelista carezco de prehistoria (es decir, de obra de ficción publicada antes de **Femina Suite**, la trilogía narrativa que avaló mi ingreso en la República de las Letras) sí poseo en cambio una amplia crónica personal que, apoyada en mi memoria, revive mis orígenes literarios. Y es a esa memoria a la que acudo a la hora de

* Conferencia dictada en mesa redonda "El oficio de escribir" en el acto cultural de los 25 años del Departamento y la carrera de literatura, mayo 24 de 1.995

valorar el mayor o menor goce con que la escritura ha gratificado mi sensibilidad a lo largo de los años, es decir, merced al paulatino conocimiento y práctica de un sistema de signos cuyo ejercicio ha dado posteriormente lugar a ese juego, a esa fiesta, a ese placer que yo llamo literatura.

Pero hablar de placer es una forma de hacer autobiografía. Por eso, para evitar el riesgo de caer en el fetichismo o la mera egolatría, prefiero hablar del momento en el que comencé a tomar conciencia del oficio de narrar. Convencido de que la memoria también es verbo, renuncio a la tentación de valorar mi obra presente tarea que, por cierto, corresponde a la crítica para sumergirme en el ámbito de mis orígenes, donde con toda seguridad se encuentran los primeros síntomas de ese gusto que, convertido en razón de ser, ilustra mi tránsito hacia la escritura.

Pero la escritura supone, a su vez, una abierta expectativa sobre su futuro, es decir, la lectura. Asumida la posibilidad de hacerme escritor, ¿cómo no pensar en mi interlocutor, en el destinatario natural de mi trabajo, en el lector? Un texto bastante explícito de Goethe a quien desde muy joven frecuento con irrenunciable devoción me dio la clave: “¿Qué clases de lectores yo deseo? /Pues los libres de todo prejuicio, /capaces de olvidarme y olvidarse /y vivir solamente para el libro...” Entonces, a partir de mis primeros trabajos supe que la presencia anónima del otro me asediaba. Y así, a tenor de las pautas de mi lenta pero aplicada iniciación cultural adquirí la certeza, como todo el mundo, que del vasto y complejo mosaico que conforman las actividades humanas, el arte es tal vez el medio que más ostensiblemente supone un receptor que justifique su propia existencia. El arte en este caso la literatura existe siempre en relación a una dimensión ajena a su propio proceso, pero que en muchos casos gesta él mismo. La literatura suele aprovechar un destinatario común a otros medios, a otras actividades, pero se da también el caso de que un autor es decir, un libro cree su propio lector. Esa otra parte no sólo es el intérprete del contenido que encierra un libro sino que, al encarnar la alteridad del producto, se convierte en su máxima justificación: únicamente este agente, al acusar mediante la lectura recibo del universo que el autor ha incluido en su obra, da el toque final a un proceso que une a dos sujetos hasta entonces desconocidos entre sí.

En mi caso particular, ese innominado lector está presente en el instante mismo en que concibo una obra, pero no en tanto destinatario específico, pues creo que escribir para alguien en particular – sea la élite, un individuo o la masa – implica una primera y gravísima concesión. Es por eso que concibo el libro como una forma de libertad que incide en el ámbito de otras libertades: se acepta o se rechaza mi obra, pero esa aceptación o ese rechazo determinan el reconocimiento de mi trabajo como un objeto que se libera de mi subjetividad y adquiere vida propia ante los ojos de los demás. Existo, pues, como libro gracias a la receptividad que encuentro en la subjetividad ajena, que ante la autonomía de mi texto deviene objetividad. En cuanto al sujeto de esa alteridad es fácil advertir un proceso curioso: empieza como

ente individual y termina convirtiéndose en una entidad social. Entidad que consciente o inconscientemente, precede ya mi propia obra. Sin embargo, esta aparente paradoja es lo que confirma los incontables estadios que han hecho de la cultura una sucesión de vínculos entre el individuo (y sus productos) y el cuerpo social (y sus lecturas).

A lo ya dicho sobre la voluntad de no escribir para un lector determinado por las obvias razones de libertad, confieso que siempre soñé con encontrar o engendrar un lector ideal, un interlocutor válido que no sólo entendiera mi obra sino que al mismo tiempo participara, disfrutara y se identificara con ella. Alguien que fuera evidentemente plural e igual “hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère...” Pero surgió entonces otra inquietud, debida en gran parte a una serie de tópicos de uso obligado casi siempre, aunque en mi caso su tentación se vio incrementada por la época y las circunstancias en que yo reflexionaba sobre la cuestión: la década de los años sesenta y el grave revulsivo social que conmovió por igual a mi país, al continente y al mundo. Sin desconocer la trascendencia de las llamadas “circunstancias sociales” que entonces se esgrimían como carta de salvación o anatema, parto del hecho de que si mis libros son válidos y el baremo de esa validez lo da la receptividad del lector es gracias a la innegable verdad de que mi obra ya lleva implícitos dichos elementos y que todo intento para ponerlos de presente no es más que un alarde de demagogia o retórica.

En este sentido, me interesa fundamentalmente buscar una mínima cuota de participación (y sólo se participa en lo que de alguna forma nos es familiar, aunque no estemos de acuerdo) porque esa participación es la justificación de mi visión del mundo, o sea de mi comunión con la realidad y mi tiempo. Fue entonces cuando tuve la certeza de que si me decidía a escribir en serio debía hacerlo para un agente activo y lúcido, afín en la ironía y la voluntad de juego del autor, y al que un día pudiera aplicarle las palabras de Angelus Silesius: “Ya basta, amigo. Si quieres seguir leyendo, transfórmate tú mismo en el libro y en la doctrina...”

II

La prosa ante el espejo

En mi adolescencia, la lectura de una extraña tarjeta de Camnitzer me cautivó para siempre. Decía: “Esto es un espejo. Usted es una frase escrita”. Mis relaciones con la escritura apenas comenzaban pero lo significativo del hecho fue que, a partir de entonces, mis indagaciones en pos de una identidad tan propias de esos años no se centraban en lo que cada mañana, decía el espejo sobre mi rostro sino en el sentido que creía intuir en todas las frases que escribía.

Lo cierto es que la página en blanco se me antojaba el espacio idóneo en el que finalmente habría de reflejarse mi semblante. La visión no fue nítida al

comienzo, aunque con los años paciente, esforzada, paulatinamente cobró forma a medida que la escritura se hacía estilo sobre el esquivo azogue, hasta que un día, por fin, al mirarme en el espejo descubrí y acepté mi verdadero rostro. Debo decir que ese día no fue otro que aquél en que ese peculiar rito bautismal que llaman copyright apareció por primera vez bajo la forma de la letra c encerrada en un círculo. Quiero pensar que esa c es el común comienzo de las palabras cara y creación y que el círculo no es otra cosa que el marco oval del espejo donde los demás apreciarán las peculiaridades de mi aspecto.

Esa página en blanco que poco a poco, preñada de signos, se labra su propio copyright, es el testigo que ha visto cómo se afianzan año tras año, texto tras texto, los rasgos de mi identidad: los mismos que ante la mirada ajena me definen. No niego que mi estilo delata los más íntimos secretos de mi rostro aunque al respecto siento más vanidad que aversión o culpa. Con frecuencia se me ha reprochado la insolente pasión con que mis ojos asedian el ámbito de las mujeres las de la ficción, las de la realidad o el deseo con que mis labios abordan los fueros femeninos o el timbre de mi voz que ante su presencia se hace tórrido, al extremo de que la conversación pronto recupera su acepción de cópula. No me importan tales reproches. Vuelvo la mirada al espejo y allí encuentro – como un asterisco en medio de la frase que soy – una agresiva, impertinente, carnal hendidura en mi mentón. Ya está escrito: “Soñador y lascivo, /quien conozca mi esencia conoce un adjetivo...”

Escritura: espejo cuya luna me devuelve el rostro de mis obsesiones; página que día a día se torna voluntad de estilo; texto que se reconcilia con todos los secretos que tú, hipócrita lector, crees advertir en mi semblante.